

SEBASTIÁN MERCADO
BAÑISTAS



Cuando en el siglo xx el arte se volvió a ocupar de conceptos, más que de sensaciones, lo primero que acudió a la mente de los artistas fue el motivo del desnudo. Un pintor despierto estaba obligado a rechazar la idea del cuerpo bello que se arrastraba desde la Antigüedad. Adiós a las transiciones suaves y al modelado delicado, bienvenidas las simplificaciones enfáticas y los cortes abruptos. Picasso tomó el estilo sintético y el motivo de las bañistas inaugurado por Cézanne y lo violentó. Su pintura *Las señoritas de Avignon* de 1907 ya no mira a la tradición clásica: absorbe, más bien, de las tallas africanas con sus planos cóncavos y contornos agudos. Diez años después, en 1917, Picasso viajó a Italia y visitó Pompeya, la ciudad atrapada en el tiempo. Al ver el templo de Júpiter, las termas estabianas, los mosaicos de la legendaria Casa del poeta trágico, se dio cuenta de que el arte clásico que tanto había

denostado no era lo que él creía: lo había considerado una máquina hueca utilizada por el enemigo, algo seco o moribundo, pero lo que vio en ese viaje modificó su opinión. Cuando contraatacó, Picasso disparó, ya no contra la Antigüedad, sino contra los modelos de belleza que la pintura contemporánea seguía produciendo por inercia. Sebastián Mercado apunta sus cañones picassianamente. En sus *Bañistas*, el deseo por violentar, desplazar y deformar aparece con ingenio metafísico. El cuerpo no es uno de esos temas que se pueden convertir en arte por transcripción directa a la manera de un caballo o un paisaje nevado, parecen decirnos sus figuras a orillas de la laguna. Alentadas por las distorsiones de sus propios reflejos acuáticos, las esculturas se hibridan, se vuelven mezcla mitológica de cuerpos y objetos, caballitos de Troya que esconden una mirada de diabluras sobre la historia del arte. La metamorfosis es abstracta desde el vamos, fruto intuitivo de alguna profunda presión interior. Los materiales se combinan con impureza, pero en las rodillas dobladas de las *Bañistas* que se alzan como un monte oscuro, el tórax apartado y las piernas que luchan por levantarse de la tierra como un árbol, todavía late la antigua divinidad.